DECADENCIA DE LA IDEOLOGIA: UNA DISCREPANCIA Y UNA INTERPRETACION*

Por JOSEPH LAPALOMBARA**

Introducción

CON frecuencia y con seguridad cada vez mayores, algunos de los cultivadores más prominentes de la ciencia social norteamericana proclaman la objetividad científica de ésta. Se ofrecen varias explicaciones para el comienzo de la Edad de Oro de la ciencia social, pero la mayor parte de ellas coinciden en la tesis de que la moderna ciencia social se las ha arreglado para resolver la Paradoja de Mannheim,[1] es decir, que en la investigación de la verdad, el científico social mismo se halla obstaculizado por el enfoque estrecho y las tergiversaciones implícitas en el pensamieno ideológico. Se presume que el científico social puede ahora explorar cualquier aspecto de la organización y el comportamiento humanos tan desapasionadamente como los físicos pueden observar la estructura del átomo o las reacciones químicas. Por esta razón, algunos alegan que los científicos sociales emancipados

* La investigación para esta ponencia fue posible gracias a la ayuda ofrecida por la Oficina de Programas Internacionales de la Universidad del Estado de Michigan y gracias, en parte, a la ayuda brindada por el Stimson Fund de la Universidad de Yale. En la tarea de obtener informes sobre la situación italiana, conté con la cooperación valiosa de Gloria Pirzio Ammassari, de Roma.

** Profesor de la Universidad de Yale. Este artículo ha sido traducido del inglés por José Emilio González. Apareció originalmente en *The American Political Review*, vol. LX, núm. 1, marzo, 1966, pp. 5-16.

1 Este término es utilizado por Clifford Geertz en "Ideology as a Cultural System", en D. E. Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, (Londres, 1964), pp. 48 y ss. Aunque esta ponencia fue redactada, como borrador, antes de aparecer este volumen, me he beneficiado inmensamente, al revisarla, del penetrante ensayo de Geertz. También me he beneficiado de las sugestiones ofrecidas por mis colegas, Wendell Bell, James Mau y Sidney Tarrow; y especialmente William Delany, cuya crítica análitica de las ponencias sometidas en la Reunión Anual de 1964 de la Asociación Norteamericana de Ciencia Política (*The Role of Ideology: A Summation*), ofrece numerosos vislumbres del problema.

de la ideología —por lo menos en los Estados Unidos— pueden esperar que se les acepte en la Cultura Científica, o aquel segmento de la sociedad que se supone está por encima y desdeña las conjeturas moralistas y el flaco pensamiento de los intelectuales literarios.

Es posible que la "revolución" conductista en la ciencia política haya terminado, pero ha dejado en sus huellas las críticas obscurantistas del empirismo, por un lado, y por el otro, una fe ciega en la "ciencia". Con frecuencia, esta fe no es meramente anti-histórica y antifilosófica, sino también falta de crítica sobre la medida en que las observaciones empíricas pueden ser teñidas por las mismas orientaciones hacia los valores que uno trata de controlar en la investigación empírica rigurosa.

Las alegaciones de los modernos científicos sociales encuentran fuerte respaldo en los puntos de vista de Talcott Parsons.[2] En respuesta a las críticas propuestas por un grupo de eruditos en la Universidad de Cornell, Parsons afirma que "el giro decisivo" en las ciencias de la conducta en los Estados Unidos ocurrió en parte debido al carácter abierto y la receptividad intelectual de este país. Una causa crítica de esta cualidad, según Parsons. es "...la relativa inmunidad [del intelectual norteamericano] a la presión para situar el problema en un contexto ideológico", y, por lo tanto, su negativa a preocuparse mucho con problemas "globales".[3] Para Parsons, la ciencia y la ideología sencillamente son conceptos incompatibles.

Este no es el lugar para explorar los supuestos ideológicos de las formulaciones de Parsons, especialmente en vista de que el lector puede leer el análisis algo polémico pero muy coherente de Andrew

---

[2] No deseo sugerir que la sociología norteamericana se expresa unánimemente sobre el tema. Hay, por un lado, la reclamación de objetividad científica y los reparos a la intrusión de valores en la investigación. Pero, por otro lado, hay una inquietud creciente sobre las cuestiones "globales", una retirada del cientificismo implícito en algunas formulaciones funcionalistas y demandas crecientes de comprometerse en investigaciones sociales, éticamente relevantes. Ver, por ejemplo, Peter Berger, *Invitation to Sociology* (Garden City, New York, 1963); Maurice Stein y Arthur Vidich (eds.), *Sociology on Trial* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1963).

También vale la pena recordar que Max Weber mismo, hacia quien se vuelven en busca de apoyo tantos defensores de la "objetividad científica" de la ciencia social, de acuerdo con mi punto de vista jamás habría ido tan lejos como algunos de nuestros contemporáneos en su alegato en pro de la ciencia empírica. De acuerdo a como los interpreto, Weber considera que una *ciencia* de la cultura "carece de significado" y "carece de sentido". Ver Max Weber, *On the Methodology of The Social Sciences*. Traducción y edición en inglés por E. A. Shils y H. A. Finch (Glencoe, Illinois, 1949), pp. 49-112, y especialmente la Parte III. También es posible interpretar lo que Weber dice sobre la utilización de los valores en la enseñanza sencillamente como una estrategia que debe ser seguida por los estudiosos de la izquierda, quienes, en una sociedad autoritaria tipo Bismarck, sólo podrían expresar en el aula los valores del Establishment. Ver *Ibid.*, pp. 1-47.

[3] Talcott Parsons, "The Point of View of the Author", en Max Black (ed.), *The Social Theories of Talcott Parsons* (Englewood Cliffs, N. Y., 1962), pp. 313-315, 360-362).

Hacker (análisis que Parsons decide evadir en su esencia).[4] Sin embargo, vale la pena notar que la negativa de Parsons de ocuparse de cuestiones "globales" y sus alegatos en favor de la objetividad científica de su teoría general, apuntalan las reclamaciones de otros científicos sociales que destacan las cualidades "científicas" de sus disciplinas.

Una interpolación interesante en estos supuestos sobre la objetividad de la ciencia social y sobre la incompatibilidad esencial entre la ciencia social y las orientaciones normativas se encuentra en la literatura sobre la llamada "decadencia de la ideología". Se asume que se han formulado juicios generales de tipo científico social sobre el declive de la ideología. La ironía que ronda estos argumentos en pro y en contra de tales "hallazgos" es que ellos mismos se han teñido con muchos de los rasgos innegables del conflicto *ideológico*. Por consecuencia, deseo reconocer que mi propio esfuerzo en esta ponencia puede ser en parte —y muy apropiadamente— identificado como ideológico. En verdad, el tema subyacente a mi argumento aquí es que no hemos, de hecho, resuelto la Paradoja de Mannheim y que tal vez el futuro de las ciencias sociales podría ser mejor servido si reconocemos este hecho y encaramos sus implicaciones intelectuales y teóricas.

En particular, sin embargo, me propongo en esta ponencia tratar los siguientes tópicos: (1) qué es lo que se significa cuando los científicos sociales escriben sobre la "decadencia de la ideología"; (2) el examen de alguna edivencia empírica de Occidente que pone en entredicho algunos de los "hallazgos" de estos escritores; y (3) una interpretación algo provisional, de índole ideológica, social y científica sobre lo que tales escritos pueden representar en la sociedad norteamericana contemporánea.

El Significado de la Ideología

Es bien claro que aquellos que escriben sobre el crepúsculo de la ideología, con pocas excepciones,[5] tienen en mente una denotación y

[4] Andrew Hacker, "Sociology and Ideology", en *Ibid.*, pp. 289-310. Creo que Hacker plantea la mayor parte de las cuestiones pertinentes al "conservadurismo" político de Parsons p subraya también las reacciones esencialmente ideológicas de éste a la obra de algunos como C. Wright Mills. La respuesta de Parsons a Hacker es reconocer que él, Parsons, es un "egghead"* y un "liberal" cuyos puntos de vista sobre la sociedad norteamericana y el funcionamiento del sistema político norteamericano son normativamente inaceptables para Hacker y para "muchos otros intelectuales norteamericanos, especialmente aquellos que piensan más o menos en términos marxistas..." *Ibid.*, p. 350.

* Literalmente, "cabeza de huevo". Término despreciativo que suele aplicarse en los Estados Unidos a los intelectuales. Nota de la Redacción.

[5] Otto Kirchheimer sería una excepción. Kirchheimer estaba muy preocupado con

una connotación peyorativas del término. Se dejan guiar por Mannheim estos escritores y sostienen que el pensamiento ideológico significa por lo menos que tales ideas están "tergiversadas", en el sentido de que carecen de "congruencia" con la realidad. Más allá, sin embargo, parecen respaldar el punto de vista de Mannheim en el sentido de que la falta de congruencia puede estar emocionalmente determinada y es, por lo tanto, el resultado de fuerzas subconscientes o del "engaño consciente, allí donde la ideología debe ser interpretada como una mentira deliberada".[6]

Se puede argüir, desde luego, que uno está libre para definir la ideología al modo como se acomode al estado de ánimo o al propósito y tenemos una amplia literatura demostrando que al concepto se le puede aplicar una amplia gama de significados.[7] Pero si uno elige una definición que depende demasiado de la noción de engaño voluntario o inintencionado o parejamente de la tergiversación, mucho de lo que en general los científicos sociales identifican como ideológico tendría que ser desconocido o habría que llamarlo de alguna otra manera. Además, si el propósito central del análisis es demostrar algo tan significativo como la decadencia de la ideología, me parece ser la esencia de la prestidigitación intelectual o franco descuido permitir que la definición de la ideología sea vaga o confundir el declive demostrable de algo que uno encuentra mal con supuestas generalizaciones empíricas sobre la desaparición gradual de algo que es mucho más amplio en su significado.

Mi uso de ideología está bien cerca de la definición sugerida por L. H. Garstin, en la medida en que implica una filosofía de la historia, una concepción del lugar actual del hombre en ella y un conjunto de prescripciones sobre cómo acelerar, retardar o modificar la dirección

---

las posibles consecuencias, por ejemplo, del nacimiento de un partido político "donde todos cupieran" en un país como la República de Alemania Occidental. Ver (The Transformation of the European Party System", en Joseph La Palombara y Myron Weinder (eds.), *Political Parties and Political Development* (Princeton, 1966). Ver también de Kirchheimer, "The Waning of Opposition in Parliamentary Regimes", *Social Science* 24 (1957), pp. 127-156. No estoy seguro de que lo descrito por Kirchheimer sea una decadencia de la ideología, pero vale la pena notar que él fue uno de los que pensó que lo que él veía no era "bueno" para las sociedades occidentales.

6 Karl Mannheim, *Ideology and Utopia* (Londres, 1963), pp. 175-176. El segundo capítulo de Mannheim en este volumen, pp. 49-96, del cual se deriva el título del volumen, es desde luego la exposición clásica sobre los orígenes del término "ideología", sus formulaciones particulares y generales, su relación con el marxismo y su impacto catalítico sobre la sociología del saber.

7 El mejor de los recorridos panorámicos breves de la literatura que yo he visto en los últimos tiempos es el de Joseph J. Spengler, "Theory, Ideology, Non-Economic Values, and Politico-Economic Development", en Ralph Braibant y J. J. Spengler (eds.), *Tradition, Values and Socio-Economic Development* (Durham, 1961), pp. 3-56, y especialmente la Parte V. Spengler mismo opta por una definición algo peyorativa que se basa en valores que directa o indirectamente impiden un enfoque "racional" al problema de los fines y los medios en el desarrollo económico. Ver. pp. 31-32.

del desarrollo.[8] Mientras que el concepto de ideología es ciertamente uno de los más esquivos en nuestro vocabulario podemos decir sobre él que tiende a especificar un haz de valores que son más o menos coherentes y que trata de vincular patrones dados de acción al logro o sostenimiento de una situación futura o existente. Lo que hace que tales formulaciones sean de interés particular para los científicos políticos es que las ideologías a menudo insisten que a los fines de lograr o sostener las metas anheladas, —metas que se consideran moralmente superiores y por lo tanto deseables para la colectividad entera— es de esperarse que intervenga la autoridad pública.

Este es, por lo tanto, el sentido amplio en que utilizo el concepto en esta ponencia. Puesto que este es el caso, es preciso subrayar varias notas precautorias. Por ejemplo, una ideología puede ser o no dogmática; una carencia relativa de dogmatismo no hace necesariamente que un conjunto dado de juicios cognoscitivos, preferencias, expectativas o prescripciones sean menos ideológicos. Una ideología puede ser o no utópica. Presumo que los movimientos conservadores del siglo pasado (y posiblemente del anterior), así como la llamada Derecha Radical en los actuales Estados Unidos, poseen fuertes dimensiones ideológicas, a pesar de las estridentes negativas de utopismo. En forma análoga, el catolicismo no es menos ideológico en muchos de sus niveles políticos a tenor de su rechazo de los supuestos de la Ilustración sobre la perfectibilidad del hombre. Una ideología puede o no estar en armonía con la supuesta racionalidad de la ciencia moderna; el lugar del pensamiento científico en las formulaciones ideológicas es una cuestión empírica que no debe ser eludida invocando el supuesto de que la ciencia y la ideología son incompatibles. Los tecnócratas y otras personas que entronizan la Sociedad de los Gerentes ciertamente se dedican al tipo más fundamental del razonamiento ideológico. El lenguaje de la ideología también plantea una cuestión empírica; ciertamente estará muy influido por el contexto social-histórico en que se desenvuelve y el declive, o mejor, el cambio de retórica no debiera ser confundido con una decadencia en la ideología misma.[9] Finalmente, una ideología puede ser o no creida por aquellos que la articulan. Si

[8] L. H. Garstin, *Each Age is a Dream: A Study in Ideologies* (New York, 1954), p. 3. Reconozco que mi uso del término aquí es bastante amplio y que puede ser típico de lo que mi amigo, Giovanni Sartori, critica como tendencia norteamericana a aplicar al concepto de ideología un significado muy amplio "sin límites". Sartori sostiene que tales definiciones son "estériles desde el punto de vista heurístico y sin fruto operacionalmente" (comunicación personal al autor, noviembre 16, 1965). Puede que Sartori esté en lo correcto o no; aquí sencillamente lo que quiero hacer es alejarme de la definición demasiado estrecha implícita en la literatura sobre "la decadencia de la ideología".

[9] Una de los énfasis mayores del ensayo de Geertz, *op. cit.*, es para poner alertas a los científicos sociales sobre la gran necesidad de visualizar la ideología dentro de un marco de "acción simbólica". Ver pp. 57 y ss.

una ideología es cínicamente empleada como un arma o instrumento de control; si emana de necesidades subconscientes o de impulsos inconscientes o es racionalmente formulada e incorporada en el sistema de creencias de uno; en verdad, si es compartida estrecha o ampliamente, en público o en privado con terceras personas, todas estas son cuestiones también legítimas y fascinantes que exigen cuidadosa investigación antes que respuestas *a priori*.

Me parece que los que escriben[10] sobre "la decadencia de la ideología" cometen uno o más de todos los errores implícitos arriba. Por ejemplo, se dice que la ideología se aplica a prescripciones apasionadamente articuladas; evidentemente no a aquellas que hacen manifesta una racionalidad serena. Como lo expresa Daniel Bell: "la ideología es la transformación de ideas en palancas sociales. Lo que concede a la ideología su fuerza es su pasión".[11] Lipset, en su postdata personal sobre la defunción de la ideología, nos dice que la "Democracia en el mundo Occidental ha venido sufriendo algunos cambios importantes a medida que graves conflictos intelectuales entre grupos que representan diferentes valores han declinado fuertemente.[12] En el caso de Aron, sus ataques apasionados e imprudentes contra las ideas de ciertos intelectuales franceses son tan extremados que representan no tanto un análisis científico social cuanto un ejemplo fascinante del aspecto retórico del intercambio ideológico.[13]

Parece igualmente obvio que lo que estos escritores significan con ideología no es un haz dado de valores, creencias, preferencias, expectativas y prescripciones sobre la sociedad sino aquel haz *particular* que podemos asociar ya sea con el marxismo ortodoxo, el "socialismo científico", el bolcheviquismo, el maoísmo o en cualquier caso con ideas fuertemente abrazadas y dogmáticamente articuladas sobre el conflicto de clases y la revolución. De ahí que "el agotamiento de las ideas políticas en Occidente" se refiere a aquel caso particular que envuelve la desilusión experimentada por los intelectuales marxistas cuando se hizo evidente que muchas de las predicciones de Marx sencillamente no se realizaron y cuando se revelaron públicamente los desafueros del

---

[10] Me refiero principalmente a los siguientes: Raymond Aron, "Fin de l'age idéologiquea?", en T. W. Adorno y W. Dirks (eds.), *Sociológica* (Frankfurt, 1955), pp. 219-223; R. Aron, *The Opium of the Intellectuals* (New York, 1962); Talcott Parsons, "An Approach to the Sociology of Knowledge", *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology* (Milan y Stresa, 1959), pp. 25-49; Edward Shils, "The End of Ideology?" *Encounter* 5 (noviembre, 1955), pp. 52-58; S. M. Lipset, *Political Man* (Garden City, 1960), pp. 403-417; Daniel Bell, *The End of Ideology* (Glencoe, Ill., 1960), esp. pp. 369-375; y S. M. Lipset, "The Changing Class Structure and Contemporary European Politics", *Daedalus* 93 (Invierno de 1964), pp. 271-303.

[11] Bell, *op. cit.*, pp. 370-371.

[12] Lipset, *Political Man, op. cit.*, p. 403.

[13] Aron, *The Opium of the Intellectuals. op. cit.*

régimen stalinista. No es necesario documentar la evidencia de la desilusión general o de las nuevas evaluaciones angustiadas ha que ha dado lugar. Pero, como lo documentaré brevemente más abajo, limitar el significado de la ideología a las utopías absolutas, concentrar la atención analítica de uno sobre los supuestos planes de los socialistas marxistas y establecer una equivalencia entre ciertos cambios en la retórica y un declive ideológico es recortar el significado del concepto central hasta el punto de que resulta de muy poca utilidad para el científico social.

Los escritores en que pienso también parecen visualizar la ideología como un fenómeno dependiente, cuyas alzas y bajas están condicionadas por cierto número de factores ecológicos, la mayor parte de los cuales son económicos. Este curioso determinismo sugiere que si hay marcadas diferencias en pobreza y riqueza —o en estilos de vida— surge la ideología; si estas diferencias son reducidas, la ideología (es decir, la ideología de la lucha de clases) decae. De este modo, Lipset nos dice: "La pasión ideológica puede que ya no sea necesaria para sostener la lucha de clase dentro de las democracias estables y prósperas".[14] En otro sitio declara: "A medida que se reducen las diferencias en estilo de vida, se reducen las tensiones de la estratificación. Una educación aumentada intensifica la propensión de los diferentes grupos a "tolerarse" unos a otros, a aceptar la idea compleja de que la verdad y el error no están necesariamente de un lado".[15]

Estos escritores son demasiado refinados como para sugerir que exista una correlación sencilla entre aumentos en la productividad económica o en la distribución y la decadencia ideológica. Reconocen, por ejemplo, que los cismas —religiosos o de otra índole— pueden funcionar contra las tendencias a la quietud ideológica. No óbstante, al leer esta literatura tuve la incómoda impresión de que estos escritores sistienen que los imperativos morales, las diferencias de opinión concernientes a la "buena vida", y las formulaciones opuestas sobre la política pública deben necesariamente ceder el paso ante la avalancha de la educación popular, los medios de comunicación de masas y más y más cantidades de lavadoras eléctricas, automóviles y aparatos de televisión. Cómo, si no es así, podemos juzgar el aserto —tan claramente debatible como subjetivo e ideológico— de que la ideología está en decadencia porque "los problemas fundamentales de la Revolución Industraial han sido resueltos".[16]

---

14 Lipset, *Political Man, op. cit.*, p. 407.
15 Lipset, "The Changing Class Structure...", *op. cit.*, p. 272.
16 Lipset, *Political Man, op. cit.*, p. 406.

No cabe duda de que hay miles de intelectuales europeos, así como millones de otros europeos, que reaccionarían con sarcasmo o franco escepticismo ante el juicio que acabamos de citar.

Puesto que las generalizaciones sobre la supuesta decadencia de la ideología se aplican a Occidente, y, por lo tanto, a Europa así como al continente norteamericano, puede resultar instructivo estudiar a uno de estos países, Italia, para determinar la exactitud de tales generalizaciones. Debe observarse que el período que consideraré corresponde a los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial. Lo que quiero decir es que en vista de que las generalizaciones para tan corto período son tan manifiestamente inexactas, es inútil prestar atención seria a pronósticos sobre cómo estarán las cosas dentro de un siglo o dos. Creo que Keynes fue quien enunció el aforismo más apropiado sobre las situaciones "a la larga".

La ideología en Italia

Los énfasis que quiero poner de relieve sobre Italia pueden ser expresados brevemente, aunque su documentación pormenorizada exigirían más espacio que el que tengo aquí disponible. Primero, a pesar de que dentro del Partido Comunista italiano existía tanto una "crisis de los intelectuales" como una "crisis de la ideología", recientemente surgió en el partido un nuevo fermento de ideas que en cierto sentido enriqueció antes que debilitó la atención a la ideología. Segundo, si uno se molesta en alejar la vista del Partido Comunista (P.C.I.) y dirigirla hacia la Democracia Cristiana (D.C), es posible concluir que la ideología de ésta se halla en movimiento ascendente. Tercero, que se deriva de las dos observaciones anteriores, la teoría de la llamada decadencia de la ideología sencillamente no es válida para Italia.[17]

El Partido Comunista Italiano. La interpretación más frecuente del P.C.I. —interpretación que refleja los deseos más que la realidad— es que éste se está moviendo en una dirección reformista que, a la postre, resultará en su aceptación del sistema existente y en la limitación de sus demandas a manipulaciones sociales, políticas y económi-

[17] Ciertos colegas que fueron tan gentiles como para leer este manuscrito han recomendado que la evidencia empírica impugnando la tesis de "la decadencia" no debiera limitarse a Italia. Roger Masters y Giovanni Sartori señalan, por ejemplo, que los Estados Unidos suministrarían evidencia adicional. Nils Elvander observa que Tingsten mismo, en sus análisis del Partido Social Democrático de Suecia, se vio "atrapado en la intensa lucha contra la ideología 'muerta' del partido y cuando terminó la batalla continuó declarando que la ideología estaba muerta, incapaz de ver que ésta era revitalizada una y otra vez" (comunicación personal al autor, 19 de diciembre de 1964). Me percato de esta evidencia adicional y sencillamente anoto que el caso italiano se usa aquí en función ilustrativa y no como ejemplo exhaustivo.

cas, cuyo propósito es conseguir reformas necesarias, pero no revolucionarias, de vez en cuando. Esta interpretación del partido es superficial en el sentido de que el "reformismo" se remonta a 1944 cuando Palmiro Togliatti regresó de Moscú articulando un enfoque moderado, enfoque que resultaba tan alarmante como inesperado. A este enfoque se adhirieron fielmente los comunistas italianos en la Asamblea Constituyente, que redactó la Constitución Italiana, y en este sentido amplio el partido ha sido "reformista" durante los años de la posguerra.

Lo que cambió en años recientes no es la voluntad de poder del partido ni su compromiso con una ideología básicamente socialista. Más bien yo diría que los cambios incluyen: 1) el empleo por el partido de una retórica extremada; 2) su punto de vista policéntrico —que ahora francamente expresa— sobre la naturaleza del movimiento internacional socialista o comunista; y 3) las ideas del partido sobre cómo debe conducirse la lucha de clases en la Italia contemporánea. Los debates y las nuevas evaluaciones angustiadas por las que el partido ha pasado en años recientes deben ser interpretadas no como un síntoma de debilitamiento ideológico sino más bien como un síntoma de vigor ideológico, que explica en gran medida la constante y creciente atracción del partido en las urnas electorales.

La lista de errores del P.C.I. al hacer pronósticos sobre la sociedad italiana es larga e impresionante; hizo que ciertos observadores en Bolonia comentaran no hace mucho cuán "grotesca" resulta la presunción del partido de que es el único en poseer un método científicamente infalible para analizar la realidad.[18] Entre esos errores figuran predicciones sobre la tasa comparativa del crecimiento económico en los países comunistas y los países libres, expectativas concernientes al Mercado Común Europeo, crisis económicas inminentes en los países capitalistas, etc. Un observador de este patrón de pronósticos inexactos señala que no fue hasta mediados de 1961 que "los comunistas despertaron de su sueño dogmático y casi como iluminados por una centella aprendieron que sus juicios no correspondían a la realidad".[19]

Lo cierto es que hace varios años había ya sonado la sirena de alarma para el P.C.I. y eso fue precisamente en el Séptimo Congreso del Partido en 1956. En ese Congreso se discutieron por primera vez públicamente las actividades del partido en el sur subdesarrollado de Italia. Los críticos del *Movimiento di Rinascita* en Italia meridional declararon francamente que el movimiento se hallaba en crisis y que ésta

[18] Paolo Covilla, Giogio Galli, Luigi Pedrazzi, Alfonso Prandi y Franco Serra, "I Partiti Italiani tra il 1958 e il 1963". *Il Mulino*, 12 (abril, 1963), p. 323.

[19] G. Tamburrano, "Lo Sviluppo del capitalismo e la crisis teorica dei comunisti italiani", *Tempi Moderni*, 5 (julio-septiembre 1962), p. 22.

energía de la falla del partido en adaptar la ideología y consiguientemente su política a las circunstancias concretas de aquella región. Miembros del partido mismo lo censuraron por su enfoque "estéril y negativo" a los problemas nacionales, por su adhesión rígida y doctrinaria a esquemas fijos, por haber permitido que el movimiento perdiera el dinamismo que pudo haber tenido en años anteriores.[20]

Tanto Togliatti como Giorgio Amendola (este último considerado el líder del ala "reformista" del P.C.I.) instaron a que el partido se volviera flexible y a que superara la inercia de formulaciones simplistas. Admitieron que tanto el partido como su ala sindical parecían no estar preparados para hacer frente a los grandes cambios en las situaciones locales que habían ocurrido a partir de 1945.[21] Es posible que en los círculos secretos del partido, este tipo de autocrítica comenzara antes de 1956, pero en aquellos días nadie hubiera esperado que Togliatti dijera públicamente que el partido no se mantenía al ritmo de las transformaciones sociales y económicas de Italia o que fuera necesario que la colectividad emprendiera un nuevo examen total para poner fin "al antiguo y reciente enmohecimiento que impide la acción del P.C.I.".[22]

No hay duda de que para los comunistas no es fácil extirpar la herrumbre ideológica, pues aquellos tienden aser ultraintelectuales en una sociedad donde se estima en mucho la elegancia intelectual. De ahí que se pueda observar en la literatura del partido el cuidado —y la lógica bien entretejida— con que los cambios recientes son reconciliados con Marx y Lenin, y en particular con los escritores de Antonio Gramsci, el faro intelectual del comunismo italiano. Gramsci fue un formidable dialéctico y su obra es demasiado poco conocida en el mundo angloparlante.[23] No obstante, la postura pública del partido se ha modificado radicalmente. El indicio más reciente y más importante de este cambio es la decisión del partido de buscar alianzas con elementos de la clase media —los campesinos, los pequeños terratenientes, los artesanos, los industriales pequeños y medianos y aún los empre-

[20] Ver el editorial "I Problemi del Mezzogiorno nei Congressi del PCI e del PSI", *Cronache Meridionali*, 4 (enero-febrero, 1957), pp. 57-58. La lucha del PCI para efectuar los cambios necesarios, de tipo ideológico, estratégico y táctico, en su enfoque del Mediodía italiano ha sido analizada minuciosa y penetrantemente por Sidney Tarrow, *Peasant Communism in Southern Italy*, manuscrito de tesis doctoral. Berkeley, Universidad de California. 1965.

[21] "I Problemi del Mezzogiorno...", *op cit.*, p. 59 Cf. Giorgio Amendola, "I Comunisti per la rinascita del Mezzogiorno", *Cronache Meridionali* 4 (mayo, 1957), p. 279. Ver también, PCI, *Tesi e documenti del Congresso del PCI*, (Roma, 1963), p. 138.

[22] Abdon Alinovi, "Problemi della politica comunista nel Mezzogiorno", *Critica Marxista*, 1 (julio-agosto, 1963), pp. 4-8.

[23] Palmiro Togliatti, *Il Partito Comunista Italiano* (Roma, 1961), p. 55; Antonio Gramsci, "Alcuni temi della questione meridionale", en *Antologia degli scritti* (Roma, 1963), pp. 51, 69.

sarios que no están complicados en monopolios industriales.[24] Debe señalarse con todo vigor la importancia de este cambio. El P.C.I. ha logrado con un solo gesto que todos los ataques que antes se dirigían contra la burguesía retrógrada y decadente se dirijan ahora contra el capitalismo monopolístico. La franca estrategia del partido es atraer a sus filas el creciente número de miembros de los estratos medianos y terciarios, número generado por el desarrollo industrial en gran escala. El fuego de la oposición ya no se dirige contra los propietarios en general sino contra los monopolistas que supuestamente explotan a todos los otros en la sociedad, que son opresivos y que aumentan el grado de desequilibrio en el sistema social.

Por consiguiente, este no es el partido de la Era de Stalin. Muy pocos entre los que siguieron las maniobras del P.C.I. hasta la Rebelión Húngara hubieran podido predecir cambios en la orientación como los que hemos resumido. La cuestión fascinante a plantear en esta coyuntura es, sin embargo, si lo que ha ocurrido representa una *decadencia* en la ideología del P.C.I o algo diferente. Si por decadencia se entiende el abandono de parte de su retórica, los símbolos verbales, las predicciones y expectativas expresadas hasta la segunda mitad de la década del cincuenta, parece haber poca duda sobre la validez de tal juicio, aunque la palabra más propia sería *cambio*. Empero, si por decadencia se entiende que el P.C.I. se está volviendo burgués o "social-democratizado", o que está abandonando compromisos con formulaciones ideológicas, creo que uno debiera vacilar antes de saltar a esa conclusión. Como lo expusiera significativamente Palmiro Togliatti: "No hay experiencia sobre cómo deba o pueda librarse la batalla para el socialismo en un régimen de avanzado capitalismo monopolístico del estado.... No existen tan siquiera prescripciones explícitas en los clásicos de nuestra doctrina".[25]

Los dirigentes comunistas que están a la vanguardia de esta nueva evaluación no están pidiendo una retirada ideológica sino, más bien, una búsqueda concertada de nuevos supuestos ideológicos para las tácticas y acciones del partido. Al observar que el marxismo ofrece, en el mejor caso, vagas indicaciones sobre la conducta del partido en la moderna sociedad italiana, esos líderes parecen estar muy lejos de abandonar conceptos claves como clase, conflicto dialéctico, la índole explotadora del capitalismo monopolístico y la necesidad fundamental de efectuar modificaciones estructurales—no benignas o refor-

[24] Tamburrano, *op. cit.*, p. 23.

[25] *Ibid.*, p. 69. Ver la declaración importante de Bruno Tentin, uno de los más importantes jóvenes dirigentes intelectuales y arquitectos del partido, "Tendenze attuali del capitalismo italiano", en *Tendenze del capitalismo italiano: Atti del convengno economico dell Instituto Gramsci* (Roma, 1962), pp. 43 y ss.

mistas— en el sistema social. Ellos y los millones de italianos que los respaldan en las urnas son muy renuentes a concluir —si ésta es la prueba decisiva de la decadencia ideológica— que los problemas creados por la Revolución Industrial han sido resueltos en gran medida.

El esfuerzo por armonizar la ideología del partido con las actuales realidades italianas es un aspecto complementario de la vigorosa campaña en favor del policentrismo que el partido ha venido desarrollando dentro del movimiento comunista internacional. Comenzando en 1956, el P.C.I. declaró francamente que el modelo soviético ya no podía servir de *guía* específica a los partidos comunistas en cada país y que sería necesario hallar "un derrotero nacional para el socialismo". Togliatti insistió vigorosamente en esta orientación en su último libro, publicado antes de morir.[26] En noviembre de 1961, el Secretariado del P.C.I. formuló una resolución que decía en parte: "No existe ni puede existir un partido o estado guía o una o más instancias de dirección centralizada del movimiento comunista internacional. En las circunstancias actuales debe haber y debe existir cada vez más una gran articulación del movimiento en un contexto de independencia completa de los partidos individuales".[27]

Estas son palabras valientes y es todavía muy temprano para formular conclusiones sobre cual será el desenlace de la campaña del P.C.I[28] Lo importante es que el P.C.I. está aparentemente convencido de que puede producir una nueva estrategia —una nueva fórmula para conquistar el poder— para los partidos comunistas que funcionan en la Europa occidental y en otros países del capitalismo avanzado. Es también importante tener en cuenta que al hacer esto el partido se propone ser capaz de suministrar una justificación racional ideológica, que se halle al día, para la acción. Parte del "orín" del "Socialismo Científico" ciertamente ha sido eliminado. Lo que resta, junto con algunas de las ideas más nuevas en fermento, equivale a más ideología que lo que uno pudiera discernir en la sencilla anotación de que el lenguaje de los últimos años del cuarenta y comienzos de la década del cincuenta ya no está en boga.

La Democracia Cristiana Italiana. El genio de Alcide De Gasperi consiste en que durante una década, a partir del nacimiento de la República Italiana, fue capaz de mantener unidas dentro del Partido De-

---

26 Togliatti, *op. cit.*, p. 131.

27 Ver "Problemi del dibattito tra partiti comunisti", *Ibid.*, p. 16.

28 Los comunistas italianos han desarrollado muy agresivamente su campaña en favor del policentrismo y no reaccionan bien ante los intentos soviéticos de restarle importancia. Ver *L'Unità*, noviembre 22, 1961 p. 11. En torno a esta cuestión general, puede consultarse el excelente análisis de Donald L. M. Blackmer, "The P.C.I. and the International Communist Movement", Massachusetts Institute of Technology, copia mimeográfica.

mocrático Cristiano (D.C.) facciones que rivalizaban fuertemente en el aspecto ideológico y que se las arregló para subordinar las cuestiones ideológicas al interés de mantenerse en el poder. Aunque la imagen popular de la D.C. es la de un partido "de corredores de bolsa", oportunista y anti-ideológico, la verdad es que, desde el comienzo, poderosas facciones que hubieran hecho hincapié sobre la ideología, aun a riesgo de dividir el partido, tuvieron que ser suprimidas o derrotadas. La hegemonía de DeGasperi en el partido se consiguió solo después que aquel consiguió abatir la competencia inicial por el liderazgo que emanaba de ideólogos como Giuseppe Dossetti, Amintore Fanfani y Giovanni Gronchi. Se podría concluir que en una época de supuesto declive ideológico y después de una década de disfrutar el poder político, la ideología se habría convertido en una cuestión poco sobresaliente de la D.C.

Sin embargo, aparece exactamente la tendencia opuesta. Desde la muerte de DeGasperi y el advenimiento de Fanfani en 1954 como un importante dirigente del partido, el debate ideológico no solo se ha intensificado sino que ha emergido a la luz pública, revelando una colectividad que sufre graves tensiones internas. Creo que los hechos claramente demostrarán que desde esta fecha el papel de la ideología dentro de la D.C. ha aumentado actualmente antes que se ha disminuido, y ciertos acontecimientos centrales nos servirán para apoyar esta conclusión.

En septiembre de 1961, la D.C. celebró en San Pellegrino la primera de tres convenciones anuales "ideológicas". Representaron un esfuerzo prolongado y triunfante de parte de aquellos miembros del partido que luchaban por convertirlo en una organización ideológicamente coherente, algo más que el partido "de corredores" de Alcide DeGasperi. En estas reuniones hubo dos asuntos que prevalecieron y que reflejaban parte de los eternos dilemas del partido: Primero, ¿en qué medida la D.C., un partido cuya fuerza mayor procedía de la derecha, podía articular una ideología de izquierda como guía para su política? Segundo, ¿cuánta libertad ideológica podía el partido expresar *vis-à-vis* la Iglesia Católica a la que necesariamente debe seguir estrechamente ligado? Los que favorecían una vigorosa articulación de una ideología coherente de izquierda se hallaban estimulados por un innegable movimiento gradual hacia la izquierda entre los votantes italianos, por la creciente disposición del Partido Socialista Italiano a considerar la posibilidad de una coalición activa con la D.C. y ciertamente por los cambios ideológicos introducidos en el Vaticano por el renovador Papa Juan XXIII.

Los oradores en las conferencias pasaron revista a la historia ideológica del partido, señalando que al terminar la guerra parecía que el partido dirigiría el país hacia la izquierda y que en esos años DeGasperi mismo declaró que el viejo orden, fundado en el dominio de los terratenientes rurales y los industriales urbanos, no podría permanecer intacto. Pero se lamentaron de que cada vez que la D.C. se encaraba a las cuestiones en que la ideología del partido parecía exigir soluciones socialistas, la tendencia ideológica era detenida para no empujar hasta la ruptura las tendencias centrífugas ideológicas dentro de la organización. Como lo señala Franco Malfatti, uno de los seguidores de Giuseppe Dossetti y Amintore Fanfani, el tono revolucionario de los primeros pronunciamientos de la D.C. fue transformado gradualmente en notas con sordina de una democracia puramente formalista y de una gran concentración de poder gubernamental en Roma.[29]

A medida que la D. C. se movía muy conscientemente de sí misma hacia una "Apertura a la Izquierda" que lograría que los socialistas formaran parte del gobierno, los ideólogos del partido ya no estaban dispuestos a aceptar la fórmula de DeGasperi, por la que toda preocupación sobre la ideología o dedicación a ésta debía eclipsarse en favor del valor supremo de la unidad del partido. En San Pellegrino, Malfatti expresó agudamente la nueva postura de los ideólogos: "El problema de la unidad [del partido] —dijo— es muy grande, de fundamental importancia, pero es también un problema que corre el riesgo de perder todo su valor si se le utiliza como un sedante o como el Himno de Garibaldi cada vez que hay un conflicto entre elementos clericales y anticlericales".[30] Si el partido quería librarse de todo conflicto ideológico interno, nada quedaría de él salvo el acuerdo de "mantenerse en el poder sólo en aras del poder".[31]

Según Achille Ardigò, un sociólogo y viejo miembro de la comisión ejecutiva nacional de la D.C., los hitos mayores en la evolu-

[29] Franco M. Malfatti, "La Democrazia Cristiana nelle sue affermazioni programmatiche dalla sua riconstruzione ad oggi", en *Il Convengno di San Pellegrino: Atti del I Convengno di Studi della D. C.* (Roma, 1962), pp. 325-341. Quien desee consultar ejemplos de los pronunciamentos ideológicos iniciales, después de la guerra, puede ver, entre otros, Alcide DeGasperi, "Le Linee programmatiche della D. C.", en *Il Congressi Nazionali della Democrazia Cristiana* (Roma, 1959), p. 23; Gianni Baget Bozzo, "Il Dilemma della D. C. e del suo prossimo Congresso", *Chronache Sociali* vol. 3 (abril 30, 1949), p. 17; Archille Ardigò, "Classi sociali e sintesi politica", en *Il Convengno di San Pellegrino..., op. cit.*, pp. 135 y ss. Debe observarse que el periódico *Chronache Sociali,* citado, fue la publicación más importante para aquellos miembros de la D.C. que, en los primeros años que siguieron a la guerra, trataron de dar al partido una orientación clara hacia la izquierda. Hasta hace poco, apenas si podía conseguirse una colección completa de la revista. Sin embargo, sus principales artículos pueden obtenerse ahora en la obra de dos volúmenes, *Chronache Sociali* (Roma, 1961).

[30] Franco M. Malfatti, "L'Unità della D. C. e il problema delle tendenze", *Chronache Sociali* (febrero 15, 1949), p. 15.

[31] Ardigò, *op. cit.*, p. 145.

ción ideológica del partido son los siguientes: Primero, el desarrollo del concepto de autonomía política de los católicos, no obligados por la dirección específica de fuerzas clericales. Segundo, el crecimiento de la idea de la función autónoma de los grupos intermedios (como la familia, la comunidad y la clase social) contra los excesos del centralizador estado liberal moderno. Tercero, la defensa y consolidación de la libertad, en un gobierno de leyes, por medio de una alianza de las fuerzas democráticas de la nación contra los extremos políticos e ideológicos. Cuarto, la materialización de la ideología del "nuevo partido", dirigido por Amintore Fanfani. Finalmente, la aparición de un nuevo concepto del estado como un artificio de desarrollo armonioso y planificado—la idea del estado como instrumento para la intervención dinámica en la esfera económica y para la modificación de los derechos de propiedad en favor del bienestar de la colectividad. La evolución de esta última etapa, tan consciente de sí misma como ideológica, hizo posible la reorientación reciente del partido hacia la izquierda y la aceptación de una alianza con los socialistas.[32]

Se pueden encontrar muchas razones para este giro hacia la izquierda, incluso los patrones de votación italianos, que evidentemente han conducido a la D.C. en esa dirección. A las numerosas presiones sociales y económicas que llevaron al surgimiento de un socialismo católico, habría que añadir el efecto liberador de la encíclica revolucionaria de Juan XXIII, *Mater et Magistra.* A la luz de esa desviación radical de las normas políticas conservadoras, a menudo reaccionarias, de Pío XII, es fácil comprender por qué el ala izquierdista de la D.C. se sintió estimulada para lanzar un ataque ideológicamente racionalizado, con mayor determinación, contra los males de la sociedad italiana.

Es importante reconocer que las pláticas de San Pellegrino significan no que la D.C. se ha movido hacia la izquierda por un impulso oportunista, sino más bien sobre la base de un "redescubrimiento" de aquellas formulaciones ideológicas trazadas por Dossetti y otros en los últimos años de la década del cuarenta. Ciertamente, la ideología actual no constituye socialismo y, en verdad, dirigentes como Aldo Moro han sido cautelosos en distinguir la ideología de la D.C. del socialismo y del comunismo. No obstante, la D.C. es hoy, todavía, un partido que proyecta una imagen menos dramática como colectividad en "que caben todos" que en los tiempos de DeGasperi. Si la ideología está de capa caída significativamente en el resto de Europa,[33] será preciso exceptuar

[32] *Ibid.*, pp. 155-165.

[33] Nunca se hace muy claro exactamente qué extensión de Occidente debe ser incluida en las generalizaciones sobre el decaer de las ideologías. Lipset, por ejemplo, se ocupa de limitar cuidadosamente sus generalizaciones sobre Europa, exceptuando a menudo a Italia y Francia. Mi reparo sería que si esos dos países van a ser exceptuados,

a Italia al formularse generalizaciones fáciles. En el P.C.I., la ideología ha cambiado y parece que está volviendo a afirmarse vigorosamente. En la D.C. ya finiquitó la era de la ideología suprimida y el debate y el compromiso ideológicos renacen claramente.

Entonces, ¿cómo explicar las percepciones imperfectas, deformadas y erróneas de los escritores sobre el crepúsculo de las ideologías?

Interpretaciones sobre la literatura de la decadencia de la ideología

Es posible bosquejar varias interpretaciones sobre los escritos en que se sostiene la tesis del declinar de la ideología, y aquí sólo rozaré dos o tres. Primero, podría uno sencillamente descartar esta literatura como algo que refleja un enfoque demasiado estrecho sobre ciertos cambios innegables en la retórica y hasta en los juicios y prescripciones de algunos marxistas contemporáneos. Digo descartar, antes que conceder seria beligerancia intelectual, por las siguientes razones: a) el enfoque estrecho falla al no incluir un marco conceptual más amplio que haría posible hacer comparaciones analíticas con otros aspectos de las ideologías marxistas y no-marxistas, y b) muchas de las observaciones limitadas a la crisis o ansiedades experimentadas por los marxistas desde la Rebelión Húngara y el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética no equivalen a nada más que consignas de propaganda.

Segundo, es posible evadir el tema fascinante del más amplio análisis comparativo de las ideologías y concentrar en vez de eso en la proposición central que une gran parte de esta literatura, vale decir, que la ideología tiende a declinar a medida que las sociedades llegan a niveles de modernización social y económica tipificados por varios países occidentales. Me parece, sin embargo, que cualquier intento de valorar estos escritos en tales términos está cundido de dificultades que sólo puedo mencionar brevemente aquí. Por ejemplo, tendrá uno que enfrentarse a Mannheim, quien, después de todo, sigue siendo el primer erudito y el más prominente que ha tratado casi todos los

---

como debieran serlo, apenas puede uno hablar justificadamente de tendencias *europeas*. Ver Lipset, "The Changing Class Structure...", *op. cit., passim*. Además, hay evidencia más bien convincente de que las generalizaciones de Lipset no son actualmente válidas, si es que lo fueron alguna vez, para un país como Alemania Occidental. Ver H. P. Secher, "Current Ideological Emphasis in the Federal Republic of Germany", ponencia leída ante la Reunión Anual de 1964 de la Asociación Norteamericana de Ciencia Política, Chicago, septiembre 9-12. Es preciso señalar particularmente la amplia bibliografía en alemán sobre este tema, bibliografía que aparece en las notas al calce de esa ponencia. En cualquier caso, la tónica del argumento de Secher es que la ideología alemana se se halla en movimiento creciente, tanto en el SPD como en los sectores católicos del CDU/CSU.

aspectos de los argumentos movilizados por los escritores contemporáneos, incluso la proposición de que el nacimiento y la muerte de la ideología depende de ciertos factores sociales, económicos y "ecológicos".

Pero Mannheim, como ya he observado, tiene en mente una definición peyorativa de la ideología, y, por lo tanto, recorta mucho su aplicación. Para aquellos sistemas de ideas que *no son* incongruentes con las realidades empíricas Mannheim utiliza el término "utopía". Sin embargo, si es que lo interpreto bien, la prueba final de Mannheim para decidir si un sistema de ideas es ideológico o utópico es casi siempre *post facto,* en el sentido de que lo que uno identifica como la ideología de ayer se convierte en la utopía de mañana, cuando se puede demostrar que en algún punto del espacio y del tiempo las prescripciones o las ideas trascendentes resultaron ser incompatibles con "realidades sociales" potenciales.[34] La prueba pragmática es engañosamente sencilla: si funciona, es utópico; si no funciona, es ideológico. Aparte de atribuir facultades superracionales al "observador omnisciente", no parece haber vía inmediata para identificar precisamente la cosa que uno desea medir, salvo *post facto.*

Más allá de este problema conceptual, hay otros implicados por la tesis de "más modernización, menos ideología". Tales generalizaciones involucran tendencias seculares que abarcan centurias. De esta guisa, aun cuando uno pueda perfilar una definición funcionalmente aceptable de la ideología, la cuestión de medir estas tendencias —para no mencionar el de proyectarlas en el futuro— parece exigir un grado de precisión en la colección de datos históricos y en la mensura de los mismos que hoy en día ese grado es sólo un poco mejor (y en ciertos sentidos mucho peor) que lo era en tiempos de Mannheim. Mi propia impresión sobre tales tendencias de largo alcance es que, a pesar de algunos cambios interesantes en la simbología de la ideología, aun estamos muy lejos de ver en Europa el final de ésta, como yo la he definido, o, en verdad, de la ideología concebida como la emisión de juicios dogmáticos, inflexibles, apasionados, sobre la realidad, y, en forma pareja de prescripciones para el futuro. Aun más puesto que la

[34] Ver Manheim, *op. cit.,* capítulo 4, "The Utopian Mentality". Mannheim observa que: "Las ideologías son las ideas situacionalmente trascendentes que jamás logran éxito *de facto* en la realización de su contenido proyectado... Las utopías también trascienden la situación social... Pero no son ideologías, es decir, no son ideologías en la medida y hasta el punto en que logran, mediante la contra-actividad, trasformar la realidad, histórica existente en una que está más en armonía con sus propias concepciones" (pp. 176-177). Mannheim luego refina la definición de utopía, tratando de ligarla a la cuestión de la incongruencia desde "el punto de vista de un orden social dado que ya existe". Innecesario es decir que lo que Mannheim aplaude es la decadencia de la ideología y teme mucho al declinar de la utopía porque esto último —dice— convertiría al hombre en una "cosa", incapaz de dar forma o entender a la historia. *Ibid.,* p. 236.

perspectiva de largo alcance no ha sido establecida sin equívocos, no podemos determinar si los fenómenos de corto alcance forman parte de una línea gráfica hacia abajo o sencillamente un descenso cíclico en una línea que puede ser esencialmente horizontal o ascendente.

También me parece que la proposición que aquí discutimos sufre de todas las limitaciones (que he pormenorizado en otra parte)[35] que uno puede identificar con gran parte de los recientes escritos sobre el desarrollo político. Esta formulación parece depender del supuesto (o la esperanza) de que el desarrollo socio-económico-político se mueve en una dirección determinista, monolinear, específicamente cultural, en virtud de la que el futuro consistirá de historia nacionales que son repeticiones monótonas de la historia "anglonorteamericana". En pocas palabras, los escritores sobre el crepúsculo de las ideologías parecen creer que "ellos" se están volviendo más y más como "nosotros".

Esto conduce a una posible tercera interpretación de esta literatura, vale decir, que gran parte de estos escritos no constituyen en verdad ciencia social alguna sino que, irónicamente, resultan no ser más que ideología. El erudito francés Jean Meynaud reacciona sumariamente ante los escritores de "la decadencia": "En realidad, la intención profunda de esta teoría es establecer que en las sociedades ricas el socialismo se halla definitivamente eclipsado. Para muchas personas [la teoría de la decadencia] es más bien un aspecto banal del anticomunismo o, si uno lo prefiere, una nueva versión del oportunismo conservador".[36] Este punto de vista halla ecos fuertes en William Delany que dice: "Los escritores del fin de las ideologías escriben no sencillamente como sociólogos o científicos sociales sino como periodistas y como una cábala ideológica antitotalitaria. Su labor es ideología, pero como casi todas las ideologías occidentales desde el siglo dieciocho, poseen un fuerte contenido "científico" para conferirle respetabilidad y un sentido de verdad".[37]

Ests son, en verdad, juicios muy severos. Y, sin embargo, cuando uno confronta la literatura sobre el decaer de la ideología con lo que en efecto está sucediendo en la Europa Occidental, la distancia entre los hechos y los hallazgos "científicos" sugiere precisamente tales valoraciones. En verdad, es completamente posible que en el caso de algunos de estos escritores, lo que ellos ven sea poco más que proyec-

---

35 Ver mi (ed.), *Bureaucracy and Political Development* (Princeton, 1963), capítulo 2; y mi "Public Administration and Political Change: A Theoretical Overview", en Charles Press y Alan Arian (eds.), *Empathy and Ideology: Knowledges of Administrative Innovation* (próximo a publicarse).

36 Jean Meynaud, "Apatia e responsibilità dei cittadini", *Tempi Moderni*, 5, (abril-junio, 1962), p. 33.

37 William Delany, "The End of Ideology: A Summation", *op. cit.*, p. 16.

ciones autobiográficas, lo cual puede ser muy bueno para algunos novelistas pero francamente no lo es para científicos sociales. En cualquier caso, en lo que concierne al análisis de la ideología desde la perspectiva de la ciencia social, es difícil aceptar una evaluación de las ciencias sociales que comienza por confiarnos que el científico social norteamericano ha sido aceptado en algo llamado el "Establishment" y luego procede a decirnos lo siguiente sobre los miembros del "Establishment":

> La suya es una alienación provocada por la "sabiduría superior", es decir, por la capacidad de penetrar en las ideologías de otros y por lo tanto de emanciparse. En este grupo hallamos al científico social, que es el observador objetivo. El penetra en todos los disfraces creados por la mente no entrenada por la mente ideológica y él se adhieren a la imagen de los sabios. Representa al "Establishment".[38]

Supongo que, si existe un "Establishment" norteamericano y si el científico social ha llegado a desempeñar un rol tan prominente en él, sería de esperar que en la justificación racional y la defensa de este mundo bien ordenado las palabras del científico social adquirirían típicos matices ideológicos. En cualquier caso, es difícil imaginar cómo el científico social en los Estados Unidos procedería a refutar la acusación reiterada por los rusos de que la ciencia social de Occidente no es mucho más que una ideología burguesa apenas si velada.[39]

Esto nos lleva de la mano a algunas observaciones finales sobre la medida en que los fenómenos asociados con la supuesta decadencia de la ideología reflejan en alto grado ciertos tipos de adaptaciones a la crisis que confrontan los intelectuales de Occidente. El caso italiano servirá como una ilustración concreta, aunque se pueden explicar patrones parecidos en otros países occidentales.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los intelectuales italianos —como sus contrapartidas en otros puntos de la Europa Occidental— se sintieron hondamente comprometidos en un esfuerzo concertado y prometedor (aparentemente) por transformar la sociedad italiana. Este fue un período en que "los textos sacros fueron desempolvados y el pueblo fue iluminado a los fines de crear el grado máximo de consenso y de conseguir el grado máximo de apoyo y de conversiones".[40] Pero las nociones románticas sobre la revolución socialista

---

38 Apter, *op. cit.*, pp. 37-38.

39 Ver A. A. Zvorykin, "The Social Sciences in the U.S.S.R.: Achievements and Trends", *International Social Science Journal*, 16 (núm. 4, 1964), pp. 588-602. J. S. Roucek, "The Soviet Brand of Sociology", *International Journal of Comparative Sociology*, 1, (1961), pp. 211-219.

40 Antonio Carbonaro y Luciano Gallino, "Sociologia e ideologie ufficiali", *Tempi Moderni*, 4, (enero-marzo, 1961), p. 31.

—ampliamente promovidas por los intelectuales— duraron muy poco tiempo. La falla de la sociedad italiana al no avanzar directamente hacia el socialismo sorprendió desprevenidos a muchos intelectuales. Siguieron atados a un antifascismo permanente que los llevaba a hacer declaraciones ritualistas retóricas sobre los males de la sociedad italiana y las vías de salvación.[41] Durante casi quince años, estos intelectuales repitieron con monotonía asombrosa los temas y prescripciones que sencillamente no eran pertinentes en lo que concernía a la situación cambiante de Italia. En este sentido, ciertamente, Aron y otros se hallan en lo correcto al condenar los efectos anquilosantes de las formulaciones ideológicas doctrinarias.

Estos fueron años desmoralizadores para los intelectuales que esperaban los cambios revolucionarios y que contemplaron muchísimas componendas bajo DeGasperi, pero los intelectuales estaban ciegos ante ciertos cambios sociales y económicos que hacían que la tradicional retórica del marxismo no surtiera efecto sobre más y más italianos. La ironía en todo esto es que los intelectuales fueron los últimos en darse cuenta de la necesidad de una nueva retórica y, ciertamente, de nuevas formas de expresión ideológica. Fueron precedidos por líderes políticos no sólo en el Partido Comunista sino también en la Democracia Cristiana. Es obvio que los políticos rápidamente comprendieron que no podrían efectuarse por mucho tiempo intervenciones en gran escala en el sector público, no importa en qué tipo de desarrollo, sin que se ofeciera alguna clase de justificación *ideológica.*

El P.C.I. alentó en algo el aislamiento de los intelectuales de la realidad social. Al mantener a los intelectuales separados, desde el punto de vista de la organización, de los miembros de la masa, el P.C.I. pudo aprovechar una tendencia hondamente arraigada en la cultura italiana. Como lo señala Guiducci, los intelectuales italianos estaban fuertemente influidos por la idea de Croce de que constituían una casta separada, superior y aparte de las masas, y por lo tanto, fallaron al no mantener un contacto realista y abierto con el pueblo. Aun en un contexto de profundo compromiso ideológico, se las arreglaron para adherirse a 'una posición que es tradicional en el hombre culto italiano, extrañado como lo está de lo real, atado, como lo está, a una cultura literaria y humanística en el sentido más estrecho de las palabras".[42]

Lo impresionante sobre Italia en los últimos años es que los in-

[41] Nicola Matteucci, "Pensare in prospettiva", *Tempi Moderni,* 4, (abril-junio, 1961), p. 32. Ver el importante editorial, "Valori e miti della società italiana dell ultimo ventennio. 1940-1960", *ibid.,* (octubre-diciembre, 1961), p. 22.

[42] Roberto Guiducci, *Socialismo e verità* (Turín, 1956) pp. 23 y ss. Cf. Gaetano Arfè, "La Responsibilità degli intellettuali", *Tempi Moderni,* 4, (enero-marzo, 1961), pp. 31-32; Paolo Prandstaller, *Intellettuali e democrazia* (Roma, 1963).

telectuales del país (la mayoría de la izquierda, pero también de la derecha) parecen estar saliendo del tipo de aislamiento mencionado por Guiducci. El hecho de que hayan hecho frente a las realidades no ha conducido, sin embargo, a un decaer de la ideología. Más bien, yo sugeriría, lo que ha ocurrido envuelve en parte un proceso de aclaración ideológica y en parte la plasmación de nuevas ideologías a las que muchos intelectuales italianos y europeos dan ahora su adhesión. Estas nuevas ideologías implican en un sentido profundo la sustitución de los viejos mitos por nuevos. Los nuevos, que forman el meollo de la estructura ideológica de muchos intelectuales, corresponden a los del Estado Providencia y al de la planificación económica. Como lo dice correctamente Henri Jarme: "El mito de la planificación es sólo la variante socialista del mito del progeso".[43]

Pero tales mitos, si podemos considerar a Italia como un caso de prueba, atraen no sólo a los viejos marxistas ortodoxos; se hallan entretejidos también en el tipo de nueva ideología que crean los demócratas cristianos.

Por cierto, la aparición de nuevos mitos genera nuevos símbolos y nuevo vocabulario. Sin embargo, este tipo de mutación no debe ser interpretado como el fin de la ideología. Como señala Giovanni Sartori: "Concedido que en una sociedad próspera la intensidad de la ideología habrá de disminuir, tal aminoración de su intensidad no debiera ser confundida con el deterioro de la ideología misma... La temperatura de la ideología puede enfriarse pero este hecho no implica que una sociedad perderá el hábito de percibir los problemas políticos en una forma poco realista o doctrinaria e implica aún mucho menos que un sistema de partidos adoptará un enfoque pragmático".[44]

Aquí hay dos cosas que resultan pertinentes. La primera es que obviamente muchos intelectuales italianos parecen haber redescubierto una función válida —o por lo menos personalmente satisfactoria— en la sociedad, es decir, la de suministrar una justificación racional ideológica, así como alternativas racionales, para la actividad de planificación económica. La segunda cosa es que, al lograr esta redefinición de su papel, el intelectual parece haber reafirmado su responsabilidad de crear el sistema ideológico dentro del cual la actividad contemporánea se justifica. Innecesario es decirlo; algunos de estos intelectuales expresarán la ideología en el lenguaje de la ciencia y de la racionalidad, ya sea que estén en favor de un cambio radical o quieren con-

---

43 Henri Jarme, "Le Mythe politique du socialisme démocratique", *Cahiers Internationaux de Sociologie,* 33, (julio-diciembre, 1962), p. 29.

44 Giovanni Sartori, "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism", en J. La Palobara y M. Weiner, *op. cit.*

servar el *statu quo*. Ciertamente hay muy poca evidencia en Italia, de todos modos, de que, digamos, el compromiso con la ciencia social resuelve milagrosamente el acuciante problema de la Paradoja de Mannheim ni de que, en verdad, debiera resolverlo.

Cuando nos volvemos hacia los escritores sobre el crepúsculo de la ideología, es posible discernir que ellos también buscan un papel definible en la sociedad contemporánea de los Estados Unidos. La cuestión de si su rol involucra el empleo de la ciencia social para criticar las fallas de los Estados Unidos o para exaltar su carácter consensual o gerencial es fascinantemente empírica. Pero seguramente la exploración de este problema exigiría de una ciencia social madura una cierta cantidad de cautela y humildad con respecto al peligro de convertir datos muy selectivos o predilecciones o ambiciones personales en precipitadas proyecciones históricas y generalizaciones "científicas". Creo que Clifford Geertz lo ha expresado en forma muy suscinta: "Puede que tengamos que esperar tanto por el 'fin de la ideología' como los positivistas han tenido que esperar por el fin de la religión".[45]

[45] Geertz, *op. cit.*, p. 51.